

bia echado al suelo, el moro que vigilaba en las almenas del castillo, vió delante de sí un guerrero que en el primer momento tomó por un fantasma creado por la vigilia y el cansancio; mas al ver trepar á otro y á otros ciento por el mismo sitio, conoció el peligro en que se hallaba y fué á dar un grito: la férrea mano de Ortega le impidió lanzarlo, y haciendo brillar á sus ojos la punta de su puñal le mandó que le enseñase el cuerpo de guardia; hizolo así el infiel, y una puñalada en el carazon le impidió alarmar á la guarnicion: cayeron los escaladores sobre aquel como una nube de langosta sobre un campo de cebada, y mas bien que pelea comenzó el degüello; porque apenas tuvieron tiempo para defenderse los dormidos soldados que allí habia: sin embargo pudieron escapar algunos que dieron la alarma, y en el momento empezaron á reunirse los moros que habian empuñado las armas; pero ya los trescientos se habian apoderado de los baluartes. No por esto desmayó el valor de los defensores que con una obstinacion singular defendieron el terreno palmo á palmo.

Entre tanto en el castillo resonaban los gritos de los combatientes, los ayes de los moribundos, y la algazara de los vencedores: este estrépito llegó á oídos del ejército del Marqués que apenas podia moderar su impaciencia de volar á la pelea, y dividir los riesgos y la gloria de sus compañeros; y conociendo el esforzado caudillo que estos habian verificado la sorpresa, salió de la celada y acercose á las murallas haciendo retemblar los montes con el ruido de los atambores, y el sonido de las trompetas; Ortega de Prado y los suyos al oirlas, intentaron abrir las puertas para dar entrada al ejército, á cuyo fin bajaron á la plaza donde

se trabó de nuevo una encarnizadísima pelea. Difícil era por cierto la situación de ambas partes: los defensores en vista del escaso número de los escaladores, pugnaban por destruirlos, para poder acudir á las fortificaciones exteriores amenazadas del poderoso ejército del Marqués; y los escaladores conociendo su peligrosa situación deseaban darle entrada para concluir una empresa comenzada con tan felices auspicios; así es que no se detenían en hacer prisioneros, sino en matar, de modo que la plaza era una carnicería: allí perecieron los mas valientes entre los moros, y los cristianos vieron caer para no levantarse jamás á los dos esforzados alcaides Nicolás de Rioja y Sancho de Avila, que murieron como buenos haciendo un gran destrozo en los infieles. Al fin de mil proezas y de mil increíbles hechos de armas, pudo Ortega abrir un postigo que daba al campo, por donde entraron los tercios al mando del Marqués de Cádiz, del Adelantado de Murcia, y de Diego de Merlo, con cuyo refuerzo en breves instantes quedó la ciudad sometida á las armas cristianas.

Al amanecer ondeaba sobre el castillo el estandarte de la cruz.

Esta noche lamentable y tenebrosa, como con razón la llaman nuestros historiadores, en la que un puñado de valientes acometió y dió cima á tan alta empresa, lavó la mancha que con la sorpresa de Zahala habia caído sobre el escudo de Aragon, dió á los Reyes Católicos la llave de todas las plazas de la costa, é hizo ver á los atónitos moros, que cuando el Leon de Castilla despierta, y sacude su melena, y esgrime sus garras, no encuentra resistencia en ninguna parte, y abate y humilla los pendones de todos sus enemigos.

AVE MARIA.

POR

D. Luis de Montes.

¿Con Pulgar is? la cabeza llevais pegada con alfileres.

«Se quedó como Pulgar, ni dentro ni fuera.»

(PROVERBIOS GRANADINOS.)

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¿Ha reparado alguna vez el curioso que visita el magnífico monumento que encierra tres templos en Granada en un pasadizo estrecho y oscuro situado entre el Sagrario, la Capilla Real, y la Catedral, en el cual hay una capilla enverjada y lóbrega? Y si atraído por la curiosidad ha penetrado en aquel desaliñado y polvoroso recinto alumbrado apenas por una lucana practicada en el techo, y ha fijado la vista en un cuadro viejísimo pegado en la pared que representa una Sacra-familia, ¿no ha estrañado ver pintada en la misma tabla una mano de un guerrero con manopla de hierro empuñando una hacha encendida? Y si

continua sus investigaciones en aquella capilla solitaria y desmantelada en la que estan acinados en confuso monton varas de palio, astas de manguillas y escaños rotos, y ha visto en el frontal del altar un escudo de mosaico, toscamente labrado de piedras de colores, que representa una mano con un blandon ardiendo, y en el campo del escudo estas palabras *Ave Maria*; ¿habrá dejado de desear averiguar lo que significan aquellos emblemas, y conocer el personage á quien sirve de enterramento aquella capilla, y la razon de estar situada en medio de tres edificios religiosos sin estarlo dentro del recinto de ninguno? En verdad que este motivo poderoso para despertar la curiosidad del mas indiferente: curiosidad que procuraremos satisfacer dando á conocer á uno de los hombres mas valientes del siglo XV uno de los paladines mas renombrados de la guerra de Granada, y uno de los mas altos hechos de armas que refieren las historias y que tuvo lugar en aquel sitio.

Era una tarde del mes de diciembre de 1490: Hallábanse reunidos en la plaza de la ciudad de Albama varios de los caudillos de las tropas cristianas que la guarnecian, y estaban hablando de los sucesos de la sangrienta guerra que sostenian hacia ya muchos años en contra de los moros, reducidos en aquella época á la ciudad de Granada y á algunas escasas fortalezas en sus alrededores, cuando levantándose Francisco de Bedmar uno de los mas valientes adalides del ejército exclamó—Mengua es en verdad que nuestras invencibles huestes esten detenidas hace tanto tiempo delante de una ciudad, cuando han acometido y dado cima á empresas mas desesperadas y difíciles.

—¿Y contais por nada, respondió Gerónimo de Aguilera, la defensa que tiene, sns mil y treinta torres, su poblacion numerosa que defiende sus hogares y sus bienes, y ademas cincuenta mil hombres de pelea que á una señal de su Alfaqui se despeñan de la Alpujarra, se derraman por la vega, y sirven de ejército auxiliar á los sitiados?

—Y de qué sirven las torres y las murallas y los ejércitos para salvar á una ciudad cuando no hay una cabeza que los dirija y un brazo que los mueva? replicó Bedmar.

—Os equivocais Francisco, repuso Tristan de Montemayor: los moros han conocido que perecerian continuando en la division en que hasta aqui han estado; asi que han vuelto á entenderse las tribus que hasta ahora habian estado separadas, y de esta union resulta la fuerza y la confianza.

—Añadir á eso, prosiguió Pedro del Pulgar (moro que se habia convertido á la fe católica siendo su padrino Hernando del Pulgar), que se han reconciliado Muley Hacen, Abo-Abdheli, y el Zagal, y que en lugar de presentar la ciudad el lamentable espectáculo de obedecer á la vez á tres Reyes en la Alhambra, en el Albaicin y en la Alcazaba, lo presenta ahora de obediencia á Abo-Abdheli, y de sumision y respeto á sus órdenes y mandatos.

—En efecto, dijo Ramiro de Guzman; esto tal vez les habrá dado confianza para salir de los muros dentro de los cuales los hemos tenido encerrados, para caer sobre las débiles guarniciones del Padul y Alhendin, atacar la de Mahalá, y ostentar una loca seguridad del triunfo apoyada únicamente en la ausencia del

ejercito del Rey D. Fernando que ha ido á sosegar las alborotadas ciudades de Baza y Almeria.

—Y creéis que sus fuertes torres, y sus altas murallas, y sus 80,000 combatientes sean un obstáculo para acometer una empresa inspirada por Dios que llene de asombro á los infieles? Yo no lo creo, y mañana entraré en Granada.

Al oír estas atrevidas espresiones volvieron todos los guérreros la cabeza hácia el que las habia pronunciado; y al ver brillar unos ojos negros debajo de un almete de acero con filetes de oro sobre el que se mecian muchas plumas blancas, azules y encarnadas, al ver el aire de seguridad y de conviccion con que habia hablado, y al recordar los altos hechos de armas que le habian dado un glorioso renombre en el ejército, ninguno dudó de que pusiese por la obra lo que habia dicho.

—En Granada, Hernando! vas mañana á Granada, exclamaron todos sus amigos.

—Voy á Granada, contestó Hernando del Pulgar. Aflige sobre manera mi corazon el pensar que en toda España se adóra á Dios trino y uno, y á su bendita Madre la Virgen Maria escepto en esa infiel ciudad, y he hecho voto solemne de aventurar mi vida por desagraviar semejante ultraje. Quiero tomar posesion de su mezquita mayor y dedicarla á la Reina de los cielos; quiero reducir á cenizas la poblacion, y acabar de una vez esta lucha en que se derrama tanta sangre cristiana.

—Pero es una locura tentar semejante empresa, dijo Luis de Quero; pues no hay probabilidad....

—Silencio! repuso Hernando: mi determinacion es

invariable. Cuento con vosotros porque sentiria morir á manos de los infieles antes de dar cima á mi empresa.... no os mando que me acompañeis, os lo ruego...

—Tuyos somos, exclamaron todos.

—Tal esperaba de vosotros, amigos míos, con vosotros la empresa es segura: ¿Quién vacilaria en acometerla acompañado de ti Bedmar, que escalaste á Alhama, de ti Aguilera, de ti Montemayor, de ti Pedro, de vosotros todos cuando he visto vuestro indomable valor en las tomas de Salar, de Velez, de Baza, y aun en la misma vega? Oh! no: tengamos confianza en Dios.

—Tu voluntad es nuestra ley, Hernando, dijo Bedmar: mas tememos por ti... nuestras vidas te pertenecen, dispon de ellas, pero no arriesgues la tuya.

—Hermano, repuso Pulgar con acento firme y tranquilo, no os pido consejo, os he suplicado que me acompañeis.

—Tuyos somos: volvieron á decir á una los esforzados gnerreros.

—Esta tarde en cuanto desaparezca el Sol, montad en vuestros caballos de batalla; id bien apercebidos con jacerinas y espadas de Toledo pues no llevamos ni mas defensa ni mas armas, llevad capellares para pasar por enmedio de los moros sin ser conocidos: y si nos sienten... que importa!... mas apurados nos vimos en el Zenete, y vencimos.

—Y diciendo asi, alargó la mano á sus amigos y se separaron inmediatamente.

—Apenas traspuso el Sol por los montes de Loja, cuando salian por la puerta de Granada diez y seis

guerreros sobre sus caballos de batalla: muy pocos vecinos de Alhama les vieron salir, y sin embargo uno que sintió el trote de los bridones asomóse á la ventana, y al conocerlos, al distinguir entre ellos á Hernando del Pulgar célebre por sus temerarias y arriesgadas empresas exclamó: *¿Con Pulgar is? La cabeza llevais pegada con alfileres.*

—Era una noche desapacible de invierno: el Sol había traspuesto tras unos grupos de nubes cenicientas, y se había levantado un aire violento que azotaba los rostros de los guerreros, al par que se desprendían ligeros copos de nieve que al detenerse en las plumas de los almetes formaban transparentes llorones de cristal. El camino que seguían eran unas estrechas y asperisimas sendas, en las que apenas cabían los pies de los caballos, atravesadas por raíces someras de las encinas y pinos que hacían dificultosísimo el tránsito: el frío se había aumentado en términos que tuvieron que apearse y caminar á pié para restablecer el curso de la sangre que se iba paralizando en sus ateridos cuerpos; pero sin embargo continuaron su penosa marcha toda la noche, hasta que al primer rayo de luz en la madrugada dispuso Pulgar hacer alto en un barranco á pocas leguas de Granada, y aguardar allí la noche siguiente para atravesar á favor de las sombras su estensa vega, y llegar á la ciudad sin ser vistos.

—Durante el día, que les pareció eterno, se ocuparon en coger retamas y esparto secos y en formar unos haces de incendiar, al par que Hernando aprestaba un hacha de cera, cuerdas, y alquitran que traía consigo. Acercose la noche, esperada con impaciencia,

húmeda, fría y cobijada con un manto de espesísima niebla, á cuyo amparo volvieron á emprender su camino por la vega evitando los fuertes en que pudiese haber tropas, y llegaron á las doce muy cerca de las murallas de Granada. Paráronse junto á una mezquita, convertida actualmente en hermita dedicada á S. Sebastián á las orillas del rio Genil, y rodeando todos á Pulgar esperaron sus órdenes.

—Crecido viene el rio con las lluvias y las nieves desheladas, les dijo en voz baja, pero no importa; lo pasaremos por este sitio: luego es necesario que marchemos unos detras de otros para no llamar la atención, y subir el Darro por su cauce sino trae avenida, ó por sus orillas en caso contrario hasta el último puente. Allí amparados bajo su sombra me aguardareis. Silencio os encargo sobre todo al pasar por junto al castillo de Bib-Taubin, porque allí hay escuchas y atalayas; bien será difícil que nos vean, pues afortunadamente la noche es obscurísima.

—Quisieramos al menos, repuso Ramiro de Guzman....

—Lo dicho dicho, interrumpió Hernando, y el corazón en Dios y la mano en la espada.

Y diciendo así, picó de espuelas á su caballo que se lanzó en el rio seguido de los demas; así que lo vadearon, no sin trabajo, pues el agua subia hasta los pretales de los trotones, empezaron á caminar por el cauce arriba del Darro, que en aquel sitio se junta con el Genil, y llegaron con el mayor silencio al último puente en donde se agruparon debajo del arco.

—Amigos, les dijo Pulgar, aguardadme aqui hasta mi vuelta; si pasadas dos horas no he regresado,

volveos á Alhama, y noticiad á los reyes mis Señores que he sucumbido en una empresa digna de un caballero español y cristiano.

—No te abandonaremos, esclamaren todos.

—Callad! no por un imprudente celo vayais á despertar la dormida vigilancia de los infieles. Si venzo, el triunfo será de la Virgen Maria, en cuyo auxilio soberano confio; si muero, esta Divina Señora mirará con ojos de compasion á un pecador que emprende esta hazaña por la gloria de su bendito nombre.

—¿Y qué se dirá de la lealtad castellana, repuso Aguilera, al saber que te hemos dejado solo en tan arriesgada empresa?

—No podemos permitir que corras á una muerte cierta, añadió Querol.

—Juntos salimos de Alhama, dijo Bedmar, juntos hemos de volver ó pereceremos todos á tu lado.

—Silencio! interrumpió Pulgar, os lo suplico como vuestro amigo, os lo mandó como vuestro jefe; mas si desois mis súplicas, si desobedeceis mis órdenes, doy voces y moriremos todos sin gloria á manos de nuestros enemigos.

Habia en su acento un tono de resolucion, y tenian todos formados tal concepto de él, que enmudecieron de repente; lo que observado por Hernando, aprovechó aquel momento y les dijo con voz mas segura.

—Todos sois buenos, valientes y leales; difícil es escoger entre vosotros, pero vendrán conmigo Pedro que como de la ciudad conoce sus vueltas, mi cuñado Bedmar y cuatro de vosotros: cualesquiera... los que tengo á mi lado; los demas quedan aquí encargados

de velar por nosotros: todos iríamos, pero es forzoso resignarse para no excitar sospechas.

Resignáronse aun que contra su voluntad, los que se quedaban á ser expectadores de los peligros que sus compañeros iban á arrostrar, y Pulgar les abrazó á todos no sin asomarse las lágrimas á sus ojos: apartándose en seguida con los que debían acompañarle y guiado por su liberto Pedro, comenzó á subir el río por la ribera de los curtidores, y se detuvieron enfrente de un palacio del que aun quedan escasos y mutilados restos en la casa que llaman del *Carbon*. Treparon los pretiles de la ribera, y se metieron por unas callejuelas estrechas y llegaron á poco á una plazuela en donde se alzaba un vasto edificio flanqueado de altísimos minaretes en los que se estrellaba el viento que muja al penetrar por sus caladas paredes.

—Aquella debe ser la mezquita mayor, dijo Hernando.

—En efecto, contestó Pedro, y esa que ves hácia oriente es la puerta principal.

Acercose Pulgar, reconoció el sitio, y luego que lo hubo examinado, hizo una señal á sus compañeros para que se incorporasen con él lo que ejecutaron con el mayor silencio en la puerta que designó el liberto. Encendió Hernando el hacha que traía; arrojólo, y sacando del pecho un pergamino en el que estaban escritas con letras azules estas palabras *Ave Maria* sobre un fondo dorado, lo besó con religioso fervor y exclamó.— «*Sed testigos de como tomo posesion de esta mezquita en nombre de los poderosos Reyes de Castilla y de Aragon D. Fernando y D^a. Isabel, y la consagro á la Virgen Maria con cuyo divino auxi-*

lio hemos llegado hasta aquí:» y diciendo de esta manera levantóse en medio del asombro de sus compañeros que se habían arrodillado, y arrojando con poderoso empuje su puñal en la tablazon de la puerta, lo hundió hasta la empuñadura de la que colgaba el sagrado rótulo con la toma de posesion que había escrito debajo de él: hincose de rodillas otra vez, y alzando las manos al cielo exclamó.

—Dulce nombre de María, te dejamos en poder de infieles: concédenos la gracia de que volvamos á rescatarte.

—Levantóse, acercóse á otra puerta, aplicó su hacha encendida á las nudosas tablas, y alzando la voz dijo: incendiamos á Granada.

Y precipitándose con ellos á un sitio llamado la Alcaicería, que era el Kan ó depósito de las mercaderías más ricas y de más valor de los moros; iba á reducirlo á cenizas, cuando el Muezzin de la Mezquita que iba á anunciar el *Muden el Hori*, ó la oracion de las dos de la mañana vió arder la puerta lateral, y dió la señal de alarma, que oída por los moros que custodiaban aquel opulentísimo depósito de sedas y joyas se acercaron á aquel sitio.

—Ahi estan esos perros, dijo Diego de Baena al tiempo que caía sobre ellos con la espada alzada.

—Cerremos con ellos, gritó Pulgar, y muerte al que se nos oponga.

En efecto acometieron los castellanos á los moros con indomable valor, pero estos gritaron y acudieron otros á su socorro en número considerable. Buen rato pelearon y cayeron infinitos infieles á los furibundos golpes que con poderoso brazo amenudeaban los

cristianos; pero el valiente Hernando que unía á un arrojó que rayaba en temeridad la más esquisita prevision, calculó que sería imprudente llamar sobre sí, y en una ciudad cerrada todas las fuerzas que la guardaban; así que sin cesar de pelear y de hacer morder el polvo al desgraciado que se le oponia al paso, dijo á sus amigos: por el mismo camino, compañeros, y que la espada nos abra paso.

Quedose él detrás para asegurar la retirada; y cuando vió que todos habian descendido al rio, se arrojó á él y se incorporó con sus amigos que, al oír el alboroto, los gritos de los moribundos, el ruido de los atambores, las voces de los Muezzines y el galopar de los caballos árabes reuipiendose en las plazas inmediatas, habian abandonado la sombra amiga del puente, y se lanzaban á dividir los riesgos de sus compañeros.

—No hay que perder un momento, dijo el prudente Pulgar; marchemos, pues sería abusar de la bondad de Dios el permanecer mas tiempo en medio de unos peligros en los que hasta ahora nos ha protegido su infinita misericordia.

Y diciendo así, picaron los caballos y bajaron por el rio hasta salir á la vega en medio de las algazaras de los moros que habian estendido la alarma por todos los barrios de la ciudad, y de las voces y griterias que se repetian de una en otra torre.

Rayaban ya los primeros albores de la madrugada cuando llegaron á la fortaleza de Alhendín (recobrada de los infieles poco tiempo hacia), en donde se detuvieron unos brevísimos instantes, y prosiguieron su marcha hasta Alhama, en donde entraron en

medio del asombro de todos los vecinos, que apenas podían creer el temerario arrojo de Pulgar, en penetrar dentro de una ciudad tan cuidadosamente custodiada, y en dar cima á una hazaña cuyo gran precio era él el único que tal vez ignoraba. Mas los Reyes Católicos á cuyos oídos llegó, no pudieron dejar sin premio tan alto hecho de armas, así que concedieron á los escuderos que acompañaron á Hernando (1) tierras y haciendas de la misma ciudad de Granada cuando se ganase; y llamando á su lado al esforzado Adalid le dijeron que pidiese mercedes.

—Altos y poderosos señores, les contestó, bástame haber empleado mi brazo en obsequio de la santa religion y de VV. AA. para que me considere suficientemente premiado.

—Ya lo sabemos buen Hernando, replicó el Rey: tenemos pruebas de vuestro desinterés; pero no quisieramos dejar sin recompensa este vuestro servicio con el que habriais, aumentado, si fuese posible, la estimacion en que os tenemos. Pedid pues, y os empeño mi palabra real y la de la Reina mi señora que os será concedido, tan pronto como sepamos lo que deseais.

(1) Los valientes caballeros que acompañaron á Hernando del Pulgar en la entrada de Granada, fueron Francisco de Bedmar, su cuñado.—Gerónimo de Aguilera.—Diego de Jaen.—Alvaro de Peñalver.—Diego Jimenez.—Pedro del Pulgar.—Montesinos de Avila.—Ramiro de Guzman.—Cristobal de Castro.—Tristan de Montemayor.—Diego de Baena y Torre.—Alfon de Almeria.—Luis de Quere, y Rodrigo Velazquez.

—Ya que me obligais, señor, os pido los molinos de Fez.

—Los molinos de Fez, Hernando! exclamó el Rey, desgraciadamente no son nuestros: están en poder de los moros.

—Pues hay mas que conquistarlos, señor? Viviendo vos y teniendo yo esta espada, no ha de quedar un rincón en el mundó que dé abrigo á esa raza descreida.

—Tuyos son, mi valiente amigo, exclamó Isabel; confiamos mucho en tu valor para dudar de que los conquistarás como lo prometes: te reconocemos por señor de los molinos de Fez á tí y á tus descendientes; (1) pero como no quisieses dejar de manifestarte con una esclarecida prueba el mucho aprecio que nos mereces, te prometemos heredades y haciendas en Granada en cuanto se nos rinda, y ademas en la Catedral que edificaremos sobre las ruinas de la mezquita que has incendiado tendrás *asiento y honrada sepultura*.

Pocos años despues, en el de 1492 se rindió la ciudad á los poderosos Reyes Católicos, los que confirmaron cuanto habian prometido al esforzado guerrero que tanta parte habia tenido en su rendicion.

La mezquita mayor se consagró, y dedicó á la Virgen de la O, y se colocó en ella el Sagrario viejo: inmediato á él se edificó la suntuosa Capilla Real que

(1) Todos los años, hasta principios de este siglo, se sacaba á pública subasta el arrendamiento de los Molinos de Fez en el palacio de los Señores Marqueses del Salar, descendientes del esforzado Hernan Perez del Pulgar.

sirve de panteon á los escelsos Reyes conquistadores de la ciudad y junto á ambas se alzó la magnífica Catedral trazada y levantada por Diego de Siloe, quedando un espacio entre estos tres templos que se cedió á Pulgar para su enterramento, y en el que fundó una capilla titulada del *Ave Maria*, en la que descansan sus restos: la que no estando comprendida dentro del recinto de ninguno, pudiendo á la vez depender de los tres, dió origen al proverbio de «*se quedó como Pulgar, ni dentro ni fuera.*»



P. G. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

Á la altura de...
la...
la...

CERCA DE DON GONZALO.

Ultima de Granada.

POR

D. J. J. Soler de la Fuente.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

Magnífica zambra tenia lugar en el famoso Salon de Comares de la Casa Real de Granada, cuyo trono ocupaba á la sazón Aben-Ísmail, décimoctavo monarca de esta ciudad, despues de haberlo arrancado á Mohamed Abenozin cognominado el Cojo. Los Abenamares y Mazas, Zegries y Gomeles pululaban por entre el Patio de los Leones y el de los Arrayanes, vistiendo deslumbrantes y riquísimos alquiceles, Veíanse entre ellos al valiente Abibdar, al jóven y gi-

gantesco Malique Alabez de esclarecida y antiquísima prosapia, y á otros moros flor de la corte granadina y prez de los infieles estandartes. Paseábanse éstos conversando unos con otros alrededor del estanque, desde cuyo sitio se escuchaba el blando son de las gaitas y chirimías que tocaban en el salon.

Era á fines de una tarde del mes de setiembre.

El sol habia desaparecido del horizonte, dejando teñidas de rojo algunas nubecillas que empañaban el diáfano azul del cielo. Una fresca brisa difundia el perfume que las flores le enviaban en su ida, agitando con dulzura sus tiernos tallos. El susurro de la fuente del Patio de los Leones, debilitaba los armoniosos sonidos del salon de la zambra, y por una de las calles formadas de columnas de mármol blanco que adornan aquel recinto, paseaban apartados de los otros grupos dos moros, embebidos al parecer en una interesante plática. Apoyado en un hueco del arco de la Sala de las dos Hermanas, se hallaba otro moro, envuelto en un blanco albornoz, cerca del que pasaban con frecuencia los otros dos.

—Sí, Abibdar, decia uno de ellos, es necesario desterrar la molicie y holgura en que nos hallamos sumidos para volver á la antigua vida guerrera; los cristianos entienden considerablemente sus dominios, y no pasa dia sin que cuente en su reino una plaza mas. Basta de fiestas, basta de torneos: toda esa cuadrilla de valientes que puebla ahora mi palacio, debe de estar cansada como yo de diversiones, y anhelará aprestarse para el combate.

—Todos son fuertes, Ismail, respondo de ellos,

que á la menor señal tuya, pronto los verás dispuestos á la guerra.

—Lo primero, lo mas indispensable que es preciso hacer, y en lo que pienso desde algunos dias, es concluir esa nueva cerca de Granada empezada ya hace tiempo, á fin de ponerla á cubierto de cualquiera tentativa en lo sucesivo. Los restos de la antigua que existen se hallan casi destruidos y para nada nos sirven.

—Pero ¿cuentas con medios para esa obra?

—¡Ay, Abibdar! ese es el dolor que acibara mis placeres hace algun tiempo. Mohamed Abenozin, mi indigno antecesor, ha gastado tanto en sus casas de recreo y en este mismo palacio, que me es imposible en el dia esa construccion.

Callaron ambos interlocutores y siguieron en silencio sus paseos.

—¿No te se ocurre, amigo, algun medio, dijo Ismail al cabo de pocos instantes, un medio que baste á mis designios?

—Sultan, contestó Abibdar, reúne á los jefes de tribu, hazles presente tu situacion, y pídeles...

—Calla, calla, no prosigas.... ¿Crees que humillaria mi dignidad real hasta el extremo de pedir una limosna á mis súbditos? Nunca, nunca.... ¿Piensas que no me ha ocurrido esa idea en la tortura que he dado á mi imaginacion para que sacara adelante ese proyecto? Pues sí, te lo confieso; ha sido tan estéril que solo me ha presentado tan humillante recurso: y en este caso ¿qué he de hacer? ¿quién me sacará de esta penosa angustia? Porque esa cerca es indispen-

sable, absolutamente precisa para la seguridad de mi pueblo.

—Pero si desechas mi pensamiento ¿quién te ha de favorecer en tu plan?

—Solamente Alá, contestó Ismail suspirando.

—Y yo despues, esclamó una voz detrás de los musulmanes.

Volviéronse repentinamente, y se encontraron con el moro del blanco albornoz que estaba en la Sala de las Dos Hermanas.

—¡Reduan! espresó Ismail admirado, ¿nos estabas escuchando?

—Perdóname, señor, si el acaso ha hecho llegar á mis oidos vuestra plática.

—¿Dónde te encontrabas?

—A la entrada de esta sala.

—¿Y qué hacias ahí?

—Reflexionar en la palabra que te dí un dia, y que justamente es la razon en que me he fundado para interrumpirte.

—Habla.

—Prometi, hallándonos no háce mucho en el recreo del Generalife, que solo en una noche ganaria á Jaen.... Recuerdas?

—Y siendo mio Jaen ¿en qué ha de contribuir al logro de mis planes?

—¿No son cristianos los de aquel reino?

—Bien, despacha.

—Se les exige un impuesto bastante á satisfacer tus intenciones.

—Dices bien, Reduan, eres un buen muslim: den-